



ORTEGA.

El Castor.

El Raton.



El Coati.

El Aguti.

les, pero las vacas marinas, á quienes algunas veces quitan sus hijuelos, les hieren con sus dientes, y los ponen en fuga. Lo mismo sucede con las ballenas, las cuales los oprimen con su mole, y los echan de los parages en que ellas habitan; donde sin embargo suelen los osos robar, y devorar algunos ballenatos. Todos los osos tienen naturalmente mucha grasa, y los que solo se alimentan de animales cargados de aceite, tienen mas grasa que los otros, la cual es tambien algo semejante á la de la ballena. Aseguran que la carne de estos osos no es mala de comer; y de su piel se hacen forros de mucho abrigo y duracion (1).

EL CASTOR.

Tanto como se han elevado los hombres sobre el estado de naturaleza, otro tanto se han abatido los animales, y decaido de aquel estado; pues ya sometidos y reducidos á esclavitud, y tratados como rebeldes, ó ya dispersos por la fuerza, sus sociedades se han disipado, su industria se ha hecho inútil, y sus débiles artes han desaparecido: cada especie ha perdido sus cualidades generales, y todos no han conservado mas que sus propiedades individuales, perfeccionadas en unos por el ejemplo, imitacion y educacion, y en otros por el temor y por la necesidad en que están de velar continuamente para su seguridad. ¿Qué miras, qué designios, qué proyectos pue-

(1) Los osos blancos andan á caza de lobos y perros marinos, y son ansiosos de ballenatos, los cuales prefieren á todos los demas pescados.... Temen á las ballenas, que los sienten y persiguen por antipatia natural, á causa de que las comen sus hijos.



den tener unos esclavos sin alma, ó unos desterrados sin poder? Nada mas que vivir abatidos, ó huir: existir siempre de un modo solitario: no edificar, no producir, ni dejar memoria alguna de sí á la posteridad: desfallecer siempre en un estado de calamidad: degenerar: perpetuarse sin multiplicarse; y en una palabra, perder por la duracion tanto como habian adquirido por el tiempo.

De aquí nace, que no quedan vestigios de su maravillosa industria, sino en aquellas regiones remotas y desiertas, ignoradas de los hombres por una larga série de siglos, donde cada especie puede mostrar en libertad sus talentos naturales, y perfeccionarlos en sosiego, reuniéndose en sociedad durable. Los castores son quizá el único ejemplo que subsiste como un antiguo monumento de esta especie de inteligencia de los brutos, que aunque infinitamente inferior á la del hombre, por su principio, sin embargo supone proyectos comunes, y miras relativas: proyectos, que teniendo por basa la sociedad, y por objeto construir un dique, fabricar un caserío, fundar una especie de república, suponen tambien cierto modo de entenderse para obrar de acuerdo.

Quizá dirán que los castores son, entre los cuadrúpedos, lo que las abejas entre los insectos; pero ¡qué diferencia! En la naturaleza, segun la vemos, hay al presente tres especies de sociedades, que conviene considerar antes de compararlas. La sociedad libre del hombre, de la cual despues de Dios tiene el mismo hombre todo su poder: la sociedad oprimida de los animales siempre fugitiva del hombre; y en fin la sociedad forzada de algunos pequeños brutos, que naciendo juntos á un mismo tiempo y en un mismo lugar, se ven precisados á permanecer juntos. Un individuo considerado en sí solo, y segun sale de las manos de la naturaleza, no

es mas que un ser estéril, cuya industria se ciñe al simple uso de los sentidos. El hombre mismo en el estado de pura naturaleza, falto de luces, y de todos los socorros de la sociedad, nada produce ni edifica; y por el contrario, toda sociedad se hace necesariamente fecunda, por mas casual y ciega que sea, siempre que se compone de seres de una misma naturaleza. La sola necesidad de buscarse, ó de evitarse les hará formar movimientos comunes, cuyas resultas serán las mas veces una obra que parezca imaginada, conducida, y ejecutada con inteligencia. Así pues, la obra de las abejas, que en un lugar determinado, como lo es una colmena, ó el hueco de un árbol viejo, fabrican cada cual su alveolo: la obra de las moscas de Cayena, que no solo construyen sus alveolos, sino que tambien fabrican la colmena que los ha de contener, son obras puramente mecánicas, que no suponen ninguna inteligencia, ningun proyecto concertado, ningunas miras generales: obras que no siendo mas que el efecto de una necesidad fisica, y un resultado de movimientos comunes, se ejecutan siempre de un mismo modo, en todos tiempos y lugares, por una multitud que no se ha juntado por eleccion, sino que se halla reunida en fuerza de la naturaleza. No es, pues, la sociedad, sino el número solo el que aquí obra: es una potencia ciega que no se puede comparar con la luz que dirige á toda sociedad. No hablo aquí de aquella luz pura, de aquel rayo divino, que no se ha comunicado mas que al hombre: los castores, sin duda, carecen de ella, como los demas animales, pero no siendo su sociedad una reunion forzada sino una especie de eleccion, y suponiendo por lo menos un concurso general, y miras comunes en los que la componen, supone tambien á lo menos un vislumbre de inteligencia, que aunque muy diferente de la del hombre, por el principio de que dimana, produce sin embargo



efectos bastante semejantes para que puedan ser comparados, no con los de una sociedad perfecta y poderosa, como la que existe en los pueblos civilizados desde la antigüedad, sino con los de una sociedad reciente, entre hombres salvages, la cual sola puede ser justamente comparada con la de los animales.

Veamos, pues, el producto de una y otra de estas sociedades: veamos hasta donde se estiende el arte del castor, y á que se reduce el del salvage. Romper una rama para hacerse un baston, fabricar una choza, cubrirla de hojas para abrigarse, recoger muzgo ó heno para hacerse una cama, son acciones comunes al animal y al salvage: los osos hacen chozas, los monos llevan bastones, otros muchos animales se fabrican un domicilio limpio, cómodo, é impenetrable al agua. Frotar una piedra para sacarla el corte: hacer de ella una hacha y servirse de esta para cortar ó descortezar la madera, para aguzar las flechas, y para labrar un vaso: desollar un animal para cubrirse con su piel: arrancarle los nervios para hacer una cuerda de arco: atar estos mismos nervios á una espina dura, y servirse de uno y otro, como de hilo y aguja, son todas acciones puramente individuales, que el hombre en soledad puede ejecutar sin ayuda de otros: acciones que dependen de su sola configuracion, pues no suponen mas, que el uso de la mano; pero cortar y trasportar un árbol grueso, fabricar un edificio espacioso, y construir una piragua, son, por el contrario, operaciones que suponen necesariamente un trabajo comun y designios concertados. Estas obras son tambien los únicos resultados de una sociedad reciente entre las naciones salvages, así como las obras de los castores son fruto de una sociedad perfeccionada entre estos animales; pues debe observarse que ellos no cuidan de edificar

sino cuando habitan en un país libre, y están perfectamente tranquilos. Hay castores en Languedoc, en las islas del Ródano, y en mayor número en las provincias del Norte de Europa; pero como todos estos países están habitados, ó á lo menos son muy frecuentados por hombres, los castores andan en ellos dispersos, solitarios, fugitivos ó escondidos en madrigueras como los demas animales: nunca se les ha visto reunirse, congregarse, ni emprender ó edificar la menor cosa; siendo así que en las tierras desiertas, adonde el hombre en sociedad no ha penetrado hasta muy tarde, y donde antes no se veian mas que algunos vestigios del hombre salvage, se han hallado por todas partes castores reunidos formando sociedades, y no se ha podido menos de admirar sus obras. No citaremos aquí sino testigos juiciosos y sin tacha, ni daremos por cierto sino aquellos hechos en que los mismos están de acuerdo, y tal vez con menos propension que algunos de ellos á la admiracion, usaremos de la licencia de dudar, y aun de criticar lo que nos parezca muy difícil de creer.

Todos convienen en que el castor, lejos de tener una superioridad notable sobre los demas animales, parece al contrario ser inferior á algunos de ellos, en las cualidades puramente individuales; y podemos confirmar este hecho, pues conservamos actualmente un castor jóven que nos enviaron de Canadá hace un año. Este es un animal bastante manso, tranquilo y familiar, un poco triste, y algo quejumbroso: sus pasiones no son violentas, ni vehementes sus apetitos: se mueve muy poco: no hace esfuerzos por cosa alguna; y ocupado siempre en el deseo de su libertad, roe de tiempo en tiempo las puertas de su prision; pero sin furor, sin precipitacion, y solo con la mira de hacer una abertura para huir: todo lo demas parece le es harto indiferente: á nadie se aficiona, no hace



diligencia alguna para ofender, y muy poca para agradar. Parece inferior al perro en las cualidades relativas que pudieran acercarle al hombre, y que no fué criado para mandar, para servir, ni aun para comerciar con alguna otra especie que la suya: su instinto, oculto en cada individuo, no se manifiesta del todo sino en compañía de sus semejantes: cuando esta solo tiene poca industria personal, mucho menos astucias, y ni aun bastante cautela para evitar trampas y lazos mal disfrazados: lejos de acometer á otros animales, ni aun sabe defenderse; y prefiere la huida al combate, no obstante que muerde cruel y encarnizadamente cuando se vé cogido por mano del cazador. Si se considera, pues, á este animal en el estado de naturaleza, ó por mejor decir en su estado de soledad y dispersion, no parecerá nada superior á los demas animales en las cualidades internas, pues ni tiene mas sagacidad que el perro, ni mas instinto que el elefante, ni mas astucia que la zorra, siendo mas notable por las singularidades de su configuracion esterna, que por la superioridad aparente de sus cualidades internas. Es el único entre los cuadrúpedos, que teniendo la cola aplastada, oval y cubierta de escamas, se sirve de ella como de un timon para dirigirse por el agua: el único que tiene membranas en los pies traseros, y al mismo tiempo separados los dedos en los delanteros, usando de ellos como de manos para llevar la comida á la boca: el único que, semejándose á los animales terrestres en las partes anteriores de su cuerpo, al mismo tiempo parece que participa de los acuátiles por las partes posteriores; y en fin es la especie intermedia para pasar de los cuadrúpedos á los peces, como lo es el murciélago para pasar de los cuadrúpedos á las aves. Pero estas singularidades serian mas bien defectos que perfecciones, si el animal no supiese sacar de su configura-

cion, que nos parece estraña, unas ventajas únicas que le hacen superior á todos los demas.

Los castores empiezan á juntarse por los meses de junio ó julio para reunirse en sociedad concurren en gran número de varias partes, y forman en breve una tropa de doscientos ó trescientos: el punto de reunion es ordinariamente el lugar de su establecimiento, y siempre á orilla del agua. Si las aguas son estancadas, y se mantienen siempre á una misma altura, como sucede en los lagos, en tal caso dejan de construir un dique; pero en las aguas corrientes, espuestas á subir y bajar, como los arroyos y rios, forman una empalizada, y con ella hacen una especie de estanque ó depósito de agua, que se mantiene siempre á igual altura: la empalizada atraviesa el rio de una parte á otra como una presa y tiene regularmente de largo de noventa á ciento y veinte pies, y de once á catorce de grueso en su basa. Esta fábrica parece excesiva para unos animales de tan poco cuerpo, y en efecto supone un trabajo inmenso (1); pero la solidez de la construccion causa aun mas admiracion que su tamaño. El parage del rio en que forman este dique, tiene regularmente poca profundidad: si hay á la orilla un árbol grueso que pueda caer en el agua, empiezan por derribarle para hacer de él la principal pieza de su fábrica: este árbol regularmente es mas grueso que el cuerpo de un hombre: los castores le asierran royéndole por el pie, y sin mas instrumento que sus cuatro dientes incisivos le cortan en poco tiempo, y le hacen caer del lado que quieren, esto es, al través del rio; y despues coran las ramas de la copa del árbol.

(1) Los castores mas grandes pesan cincuenta ó sesenta libras, y no tienen mas que tres pies y medio de largo desde la punta del hocico hasta el nacimiento de la cola.



derribado para ponerle de nivel y dejarle igual por todas partes. Estas operaciones se hacen en comun: varios castores roen á un tiempo el árbol para derribarle: otros van tambien juntos á cortar las ramas, cuando está caído: otros recorren al mismo tiempo las riberas del rio, y cortan otros árboles menores, unos del grueso de una pierna, otros del de un muslo: los hacen pedazos, y los cortan á cierta altura para hacer de ellos estacas. Otros conducen las mismas estacas, primero por tierra hasta la orilla del agua, y despues por agua hasta el lugar de su fábrica: de ellas forman una empalizada muy unida, la cual hunden aun mas enlazando ramas entre las estacas. Esta operacion supone hartas dificultades vencidas, porque para enderezar dichas estacas, y ponerlas en una situacion casi perpendicular es preciso que con los dientes levanten el extremo grueso contra la orilla del rio, ó contra el árbol que le atraviesa: que otros al mismo tiempo bajen hasta el fondo del agua, y allí con los pies delanteros abran un hoyo, en el cual introduzcan la punta de la estaca para que se mantenga derecha. Conforme los unos van fijando de este modo las estacas, van otros á buscar tierra, la cual amasan con los pies y baten con la cola, y la llevan en la boca y pies delanteros, trasportando tan gran cantidad que con ella tapan todos los intervalos de su empalizada, la cual se compone de varias filas de estacas, todas de igual altura, y fijadas unas junto á otras se estiende de una orilla del rio á la opuesta, y por todas partes está terraplenada: las estacas quedan plantadas verticalmente del lado de la caída del agua, y toda la obra en declive por el lado opuesto, de suerte que el terraplen, que tiene de once á catorce pies de ancho en su basa, se reduce á dos ó tres y medio en la parte superior; y de este modo no solo tiene toda la estension y soli-

dez necesarias, sino tambien la forma mas conveniente para detener el agua, para impedirle el paso, para sostener su peso, y para romper su impulso. En lo alto de la empalizada, esto es, en la parte que tiene menos grueso, dejan dos ó tres aberturas en declive, que son otros tantos desagues que ellos ensanchan ó estrechan, segun el rio crece ó mengua; y cuando las inundaciones demasiado grandes ó repentinas hacen algunas brechas á su dique, saben repararlas trabajando de nuevo cuando han bajado las aguas.

Despues de esta esposicion de sus trabajos en una obra pública, seria supérfluo referir con individualidad sus fábricas particulares, si en una historia no se debiese dar razon de todos los hechos, y si esta primera obra no se fabricase con la mira de hacer mas cómodas sus pequeñas habitaciones. Estas son unas cabañas ó mas bien una especie de casillas fabricadas en el agua sobre una empalizada maciza, inmediata al borde de su estanque, con dos aberturas, la una para salir á tierra y la otra para echarse al agua. La forma de este edificio es casi siempre oval ó redonda, y las hay mas grandes y mas pequeñas desde seis hasta once pies de diámetro. Tambien se hallan algunas de dos ó tres altos, cuyas paredes tienen mas de dos pies de grueso, y que están levantadas á plomo sobre la empalizada maciza que sirve á un mismo tiempo de cimiento, y de suelo á la casa, cuando esta no tiene mas que un alto, y las paredes no se elevan derechas sino solo á algunos pies de altura, desde donde se van encorvando en forma de bóveda, la cual termina el edificio y le sirve de techo. Estas casillas están construidas con solidez, y enlucidas con aseó por dentro y fuera: son impenetrables á la lluvia, y resisten á los vientos mas impetuosos: las paredes están revestidas de una es-



pecie de estuco tan bien batido, y aplicado con tanto esmero, que parece le han trabajado manos de hombres, siendo la cola la que les sirve de llana para aplicar esta argamasa, que ellos amasan con sus pies. Emplean varias especies de materiales, de maderas, de piedras, de tierras arenosas que no están espuestas à desleirse con el agua: casi todas las maderas de que se sirven son ligeras y tiernas: alisos, álamos blancos y sauces. que naturalmente se crían à orilla del agua, y que son mas fáciles de descortezar, de cortar y de trasportar que otros árboles, cuya madera fuese mas pesada y dura. Cuando se apoderan de un árbol no le dejan hasta haberle derribado, despedazado y trasportado: le cortan siempre à un pie ó pie y medio de la tierra: trabajan sentados, y además de la ventaja de esta postura cómoda, logran la de estar royendo continuamente la corteza y la madera, cuyo gusto les es muy agradable, porque prefieren la corteza fresca y la madera tierna à la mayor parte de los alimentos ordinarios: hacen gran provision de ella para alimentarse por el invierno; y no gustan de la madera seca. Establecen su almacen en el agua cerca de sus habitaciones: cada cabaña tiene el suyo proporcionado al número de sus habitantes, al cual todos ellos tienen derecho comun, y nunca van à robar à sus vecinos. Se han visto algunas de estas poblaciones compuestas de veinte ó veinte y cinco cabañas; pero estos grandes establecimientos son raros, y ordinariamente esta especie de república es menos numerosa, pues por lo comun no se compone sino de diez ó doce tribus, de las cuales cada una tiene su cuartel, su almacen, y su habitacion separada, y no permiten que los estraños vengan à establecerse en su recinto. Las cabañas mas pequeñas contienen dos, cuatro ó seis castores, y las mayores diez y ocho, veinte y aun dicen que hasta treinta, casi siempre

pares, tantos machos como hembras, de suerte que, haciendo un cómputo muy mediano, se puede decir que su sociedad se compone regularmente de 150 ó 200 obreros asociados, todos los cuales han trabajado desde luego en comun para levantar la grande obra pública, y despues por cuadrillas para edificar las habitaciones particulares. Por muy numerosa que sea esta sociedad, siempre se mantiene en ella la paz sin alteracion: el trabajo comun estrecha su union: las comodidades que se han procurado, y la abundancia de viveres que recogen, y consumen de comun acuerdo, contribuyen à mantenerla: sus apetitos moderados, sus gustos sencillos, y su aversion à la carne y sangre, les quitan hasta la idea del hurto, y de la guerra: gozan de todos los bienes que el hombre no sabe sino desear: viviendo amigablemente consiguen evitar los enemigos que pueden tener: se avisan unos à otros dando con la cola sobre el agua un golpe que resuena à lo lejos en todas las bóvedas de las habitaciones: cada uno entonces toma su partido, ó de arrojarse al agua, ó de esconderse dentro de sus muros, los cuales no deben temer sino el fuego del cielo, ó el hierro del hombre, sin que animal alguno se atreva à emprender abrirlos ó derribarlos. Estos asilos no solo son muy seguros, sino tambien muy limpios y cómodos: el suelo está cubierto de verdura: las ramas de boj y de pino les sirven de alfombra, sobre la cual no deponen, ni sufren nunca ninguna inmundicia: la ventana que mira al agua les sirve de balcon para tomar el fresco, y estarse bañando la mayor parte del dia: allí se mantienen de pie, levantada la cabeza y las partes anteriores del cuerpo, y sumergidas en el agua las posteriores. Esta ventana está hecha con precaucion, y su abertura es bastante elevada para que nunca puedan cerrarla los hielos, que en el clima de nuestros castores tie-